

giario y dar por ajenos los mayores aciertos de su pluma. Hay que hacer aquí varias distinciones. Es, en efecto, Pesado, uno de los poetas que más han imitado y traducido, pero el traducir bien, y confesando cuáles son los originales, no es desdoro para nadie. Leopardi tiene un tomo de traducciones mayor que el pequeño volumen de sus cantos. De las tres secciones en que las poesías de Fr. Luis de León se dividen, sólo la primera es de versos propios. Y ni Leopardi ni Fr. Luis de León dejan, por eso, de ser dos de los mayores líricos del mundo, y quizá no hubiesen llegado á la plenitud y perfección de su forma, si no se hubiesen sometido antes á este duro y largo aprendizaje de luchar cuerpo á cuerpo con los modelos. Lo que hay es que ellos tenían una centella de genio lírico que le faltó á Pesado, el cual por eso no pasa de ser un estimable poeta de segundo orden; pero aquí no se trata sino del hecho de traducir, que es en sí completamente inofensivo, y muy laudable cuando se traduce con la perfección que mostró Pesado en algunos salmos, en el *Cantar de los Cantares*, en alguna oda de Horacio y en los fragmentos de la *Ferusalén*, del Tasso, porque otras versiones que hizo, así de Teócrito y Sinesio, como de Lamartine y Manzoni, resultaron muy inferiores, unas porque no dominaba la lengua de los originales, y otras por falta de parentesco y semejanza entre su gusto y estilo poético y el de los autores que traducía.

Pero además de las versiones declaradas, y propiamente tales, hay en Pesado, como en todos los poetas clásicos, gran número de imitaciones y reminiscencias de detalle. Los que tanto le censuran por ellas deberían recordar que, aplicando tal criterio á Virgilio, á

Garci-Lasso, á Andrés Chénier, quedarían poco menos que implumes. Nada menos que tres tomos escribió Eichhoff para comparar verso por verso las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* con sus modelos griegos, y eso que se han perdido muchos de ellos, citados por Macrobio y otros antiguos. Para Garcí-Lasso véanse los comentarios del Brocense y de Herrera; para Andrés Chénier el eruditísimo comentario de Becq de Feuquières. El hombre de gusto meticuloso admirará en todo esto una sabia y elegante labor de taracea; el hombre de gusto más amplio y verdaderamente capaz de sentir los misterios de la forma poética, verá un caso de transfusión de la poesía antigua en las venas de la poesía nueva; el ignorante no verá más que un centón y una cadena de plagios, y se admirará de que hayan llegado á merecer el respeto y la admiración de la posteridad hombres que apenas tienen un verso original, cuando es tan fácil disparatar originalmente, hablando del sol y de las estrellas, ó del amor y de la muerte, ó de la libertad y de la tiranía.

El crimen, pues, que se imputa á Pesado, no es otro que el de aquellos *hurtos honestos*, de que tanta gala hacían un Horacio y un Virgilio. Y aun en cuanto á la indicación de estos hurtos, suelen tener tal mano sus censores, que uno de ellos, en dos distintos trabajos, cita como uno de los plagios más escandalosos estos cuatro versos de un romance:

¿Qué importa pasar los montes,
Visitar tierras ignotas
Si á la grupa los cuidados
Con el jinete galopan?

Y añade con mucha formalidad: «éstos versos son to-

mados de Lucrecio», sin decir de dónde. Y la verdad es que son de Horacio, y conocidísimos, de la oda xvi del libro II *A Grosfo*

..... quid terras alio calentes
Sole mutamus? patriae quis exul
Se quoque fugit?
Scandit aeratas vitiosa naves
Cura, nec turmas equitum relinquit,
Ociur cervis et agente nimbos
Ociur Euro.

Pero hay en Pesado, aparte de estas reminiscencias enteramente lícitas, otras más difíciles de explicar, y de las cuales se han aprovechado largamente la pedantería y la maledicencia. Él que confesó haber traducido de Lamartine las *Memorias de los muertos*, *Los Recuerdos*, *El Aislamiento*, *La Entrada de la noche*, etc., dejó de indicar que *La Inmortalidad* tenía el mismo origen. Distracción ú olvido hubo de ser, puesto que bien podía presumir que quien abriese el libro del poeta francés para cotejar las otras piezas había de tropezar con la Meditación 5.^a, que tampoco está traducida sino imitada y sumamente abreviada y puesta además en versos sueltos de estructura clásica, tan lejanos del molde de la poesía francesa. En Heredia hay mucho de esto, pero como Heredia era revolucionario y furibundo enemigo de España, se le concede en América toda la indulgencia que se niega á Pesado.

Para mí el pecado más grave de éste, por lo mismo que no se trata de un poeta que anda en manos de todo el mundo como Lamartine, sino de un ingenio modesto y olvidado, cuyas obras han visto pocos, es el haber ocultado que debía una parte de las bellezas de su poema de *Ferusalén* al carmelita italiano Evasio Leone.

Se ha dicho que la paráfrasis del *Cantar de los Cantares* tiene el mismo origen, pero no llevan razón los que tal dicen. Traslado casi literal de la paráfrasis de Evasio Leone es la del jesuita santanderino Fernández Palazuelos, que lealmente lo confiesa: «Evasio Leone ha sido mi luminoso dechado»; la de Pesado no lo es. Imitó á Evasio Leone en la elección de algunas combinaciones métricas adaptables al canto, en la disposición de las escenas y en poco más que esto. El estilo es una fusión hábil de la manera de Fr. Luis de León con la de los traductores italianos; y como en estas cosas sólo la comparación material convence, comparemos algún trozo de la traducción de Evasio Leone con otro de la de Pesado, y esto no sólo para que se vea cuán distintas son, sino principalmente para que se saboreen algunas bellezas de la del poeta mexicano, ya que por su extensión no puede figurar íntegra en esta *Antología* (1).

Per te si strugge, il sai, prence adorato,
Quest' anima fedele. Un bacio solo
Del tuo purpureo labbro
Deh non mi niega! Oh quanto
E' dolce l'amor tuo! Non così dolce
Per la vene serpeggia il più soave
Generoso licor. Dovunque il passo
Movi, mio ben, di preziosi unguenti
Spira l'aura odorata. Ah! non a caso
Le più belle e ritrose
Donzelle vezzose,
Avvampano per te, se il tuo sol nome
Se il tuo bel nome sol ne' loro cuori
Desta, e mantiene i fortunati ardori.
Ah non lasciarmi no
Tu che mi struggi il cor

(1) *Il cantico dei Cantici tradotto ed illustrato dal Padre Evasio Leone Carmelitano, Roma, 1825.*

Col raggio feritor
 Di que' bei lumi.
 A così cara guida
 Io sempre unida, e fida
 Dietro l'odor vedrò
 De' tuoi profumi.
 Che miro! Oh me felice! Ed è pur vero?
 Dunque i miei voti a te non porsi in vano?
 Tu stendi a me la mano e tu non sdegni
 Teco guidarmi ove più splende adorno
 D'ostro e di gemme il tuo real soggiorno.
 Nel felice augusto tetto,
 Che ricetta a noi darà,
 A te accanto, o mio diletto,
 Qual piacer m' inonderà!
 Il più amabile liquore
 Non si dolce al cor non è:
 Ah non chiude in seno un core
 Chi non struggesi per te.....

Digase de buena fe si esta cantata ridicula, que de tal modo profana con recitados y arias metastasianas el *Osculetur me osculo oris sui*, tiene algo que ver con la noble y gentilísima poesia con que Pesado interpreta el mismo pasaje :

ESPOSA.

Un ósculo sagrado
 Reciba de tu labio cariñoso,
 ¡Esposo idolatrado!
 Tu pecho enamorado
 Es mas dulce que vino generoso.
 No en balde las doncellas
 Llevadas del aroma de tu fama,
 Van pisando tus huellas,
 Heridas todas ellas
 Del fuego celestial que las inflama.
 Es tu nombre divino
 Perfume derramado y oloroso,
 Que llama de continuo
 Á un felice destino
 El coro de las Virgenes dichoso.

Aunque me veis morena,
 Doncellas de Solima, soy hermosa,
 Toda de beldad llena:
 Mi esposo se enajena
 Contemplando mi faz fina y graciosa.
 Morena cual las pieles
 Soy, que al Alarbe sirven de cortinas:
 Bella cual los doseles
 Que en sus frescos verjeles
 Tiene el Rey, de brocado y telas finas.
 Guardé el viñedo ajeno,
 Sin cuidar, simplecilla, mi hermosura:
 El sol me hirió de lleno,
 Y el viento y el sereno
 Quemaron de mi rostro la blancura.

ESPOSO.

Á mis oídos vino
 La seductora voz de tus amores
 Y tu canto divino:
 Sal, esposa, al camino
 Y sigue mis rebaños y pastores.
 Y con ellos agrega
 Tus ovejas y tiernos recentales,
 Y á mi cabaña llega
 Asentada en la vega
 Donde brotan los puros manantiales.

De blanda tortolilla,
 Tímida y querellosa, es tu semblante:
 ¡Cómo en tu cuello brilla
 Preciosa gargantilla
 De plata y oro y piedras relumbrante!

ESPOSA.

Recostado en su asiento
 Estuvo el Rey con pláticas sabrosas;
 Llena yo de contento,
 Derramé por el viento
 Mis perfumes de nardos y de rosas.
 Cual racimo florido
 De las viñas de Engadi, es mi adorado,

Hacécito escogido
De perfume subido
Que mantengo en mi pecho reclinado.....

Véase, para evitar prolijidad y no hacer interminable este cotejo, cómo traduce Evasio Leone estos últimos versículos:

Mentre da me lontano
T'aggirasti mio re, questa di nardo
Spica feconda, che m'adorna il seno
Col grato odor mi ricreó. Te solo
Or che vicin mi sei,
Qual profumier di mirra,
Qual ciprio racemo
Dell' Engaddi Odorato
Ne' giardini educato ora desío
Accogliere, e serbar nel seno mio.....

Así son la mayor parte de los plagios que se imputan á Pesado. Él no necesitaba á Evasio Leone para entender ni para traducir el *Cántico de los Cánticos*, porque era más poeta que el carmelita toscano, y porque los libros sagrados eran el principal y continuo estudio suyo, y porque había aprendido en Fr. Luis de León, en Arias Montano, en San Juan de la Cruz, cómo se traen al castellano las palabras de Salomón y de David. Entre los salmos que tradujo son los mejores aquellos en que más se apartó de la poesía *cantabile* de Saverio Mattei. El salmo 67, que íntegro ponemos en esta colección, nos parece poesía mucho más bíblica y más inspirada que el salmo 136, tan celebrado y popular otro tiempo en México:

«En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.»

Es evidente que estos versos son de Mattei:

Ad un salcio, ludibrio del vento
La mia cetra qui pender farò,

y lo son íntegras las dos primeras estrofas de la versión:

Del Eufrates sentado en la orilla
De Judá me acordé con tristeza.....
Dell' Eufrates sul barbaro lido
Rimembrando l'amata Sione.....

Pero el resto del salmo es completamente distinto, por la sencilla razón de que Mattei cambia inmediatamente de metro, y Pesado le prosigue hasta el fin, repitiendo el *ludibrio del viento* á modo de ritornelo. ¿Qué relación puede haber entre estos versos de Pesado:

Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo:
El acero del crudo enemigo
Templará con tu sangre su sed;
Y verás como ardiente, insaciable,
Se apacienta en tus hijos sangriento.....

con los correspondientes de Mattei?

Come feroci e perfidi
Come crudeli a noi,
Cosi farà con voi
Barbaro il vincitor.
E l'innocente figlio
Farà svenar sul ciglio
Della dolente madre,
Il mesto genitor.....

Ni siquiera parecen traducidos del mismo original. Creo, pues, sin absolver á Pesado de toda culpa en este punto, que se ha exagerado de un modo ridículo este cargo, en sí mismo bien poco importante (1).

(1) Véanse las observaciones que en defensa de la originalidad del que fué su maestro hace el señor Obispo de Potosí, D. Ignacio Montes de Oca, en el prólogo de la 3.^a edición de las obras de Pesado.

La colección de las poesías de Pesado es bastante voluminosa: para su gloria convendría que lo fuese algo menos. De las obras de su segunda época, de todo lo que escribió después de 1840, es muy poco ó nada lo que puede rechazarse, pero de los juveniles, de los coleccionados en 1839, que precisamente son los más conocidos por haberse dado á luz en tiempos en que el gusto del poeta iba de acuerdo con el de su público y no contra la corriente como después sucedió, hay bastantes composiciones endebles, ya por penuria de pensamiento, ya por defectos prosódicos de que luego fué curándose: uso inmoderado de asonancias revueltas con versos sueltos ó consonantados, y profusión de sinéresis, vicio característico de los poetas mexicanos de la primera mitad de nuestro siglo y que evidentemente responde á una diferencia fonética entre el castellano de México y el de España.

Las poesías amorosas me parecen en general lánguidas y difusas, inferiores con mucho á las sagradas y á las descriptivas. Hay demasiado petrarquismo y demasiado herrerismo metafísico en unas, y en otras una efusión de ternura doméstica algo empalagosa. El autor amaba ardientemente á su mujer, lo cual es muy simpático y laudable, pero no se cansa de repetirlo en todos los tonos, olvidando que no todo lo que es natural y honrado es siempre materia poética.

Ha de exceptuarse, sin embargo, la bella composición *Á mi amada en la misa del alba*, escrita en variedad de metros á la manera romántica, y popular en otros tiempos más que ninguna de las de Pesado sin duda por la mezcla candorosa de fervor juvenil y sincera piedad, que la presta singular hechizo, man-

teniendo flotante el espíritu entre lo humano y lo divino. Y no hablo de la hermosa elegía *Al Angel de la Guarda de Elisa*, digna de cualquier poeta español del siglo de oro, porque pertenece á otros tiempos y á la mejor manera poética de Pesado.

Tampoco tenemos por lo mejor suyo ciertos discursos filosóficos ó morales, como *El Hombre*, *El Sepulcro*, que son meditaciones largas con exceso, de giro abstracto, razonador y discursivo hasta rayar en monótonas y verdaderamente *pesadas*. No es esto decir que carezcan enteramente de color poético; le tienen merced al estilo y á la habitual gallardía con que está manejado el verso suelto, aunque no limpio de asonantes y lejano todavía de la perfección que luego había de mostrar el autor en algunos fragmentos de su poema de *Moisés*. Pero aun en estos primeros ensayos hay trozos enteros que no hubiera desdeñado el mismo D. Leandro Moratin. Pesado nada hizo malo en absoluto, y siempre le salvan la alteza de su pensar, su excelente educación literaria y la nobleza habitual de su estilo.

Cercenada una parte de estos primeros versos, queda el tomo de Pesado el más igual en conjunto de cuantos yo he visto de poetas americanos, excluyendo naturalmente los vivos, como en todo este estudio pienso hacerlo. Pero entiéndase bien lo que quiero decir. Hay en América varios poetas que aventajan grandemente á Pesado en una ó dos composiciones inmortales y características. Pesado nunca tuvo la fortuna de hacer ni la *Silva á la Agricultura en la zona tórrida*, ni el *Canto de Funín*, ni el *Niágara*, ni el *Teocali de Cholula*; por eso Bello, Olmedo y Heredia son indisputablemente mayores poetas que él, son los príncipes de la poesía

del Nuevo Mundo. Pero quitense mentalmente á Heredia el *Niágara* y el *Teocalí*, y se verá á qué poco queda reducido el gran montón de sus versos, y cuántas cosas tiene que rechazar un gusto escrupuloso. Quitese á Olmedo el canto *A Bolívar*, y á buen seguro que las tres únicas odas que le restan, aun incluyendo la dirigida al vencedor de Miñarica, no darán idea, sino muy remota é imperfecta, de su poderoso aliento lírico. Quitense al correctísimo Bello la *Zona tórrida* y la *Invocación á la Poesía*, y apenas le quedan más que traducciones, admirables y perfectísimas, pero traducciones al cabo. Los grandes líricos colombianos y argentinos, J. Eusebio Caro, Arboleda, Ortiz, Echeverría, Mármol, Andrade, son, cada cual por su estilo, poetas más inspirados, más varoniles, más grandilocuentes que Pesado, pero también más desiguales, más escabrosos, más enfáticos, más propensos á la declamación los unos, al falso sentimentalismo los otros. Tienen versos admirables por donde quiera, torrentes de lava poética á veces, pero muchos desfallecimientos, muchas vacilaciones de gusto. Pesado, que no llega nunca á donde ellos llegan en sus grandes momentos, está menos expuesto á caer, porque generalmente pone los pies en firme. Su inspiración es más tibia, pero menos sujeta á intermitencias. Se le puede leer seguido; prueba durísima á que pocos poetas resisten. No despierta casi nunca grande admiración, pero sí respetuoso afecto. Es cierto que vive mucho de la poesía ajena, pero con el buen tino de acudir siempre á los más puros y saludables manantiales: la Biblia, Dante, Fr. Luis de León, el Tasso. Léanse sus traducciones bíblicas, los magníficos tercetos dantescos de la visión del Profeta con que termina el bello poema de

Jerusalén, el delicado episodio de Aglaya en el poema de *La Revelación*, que no llegó á terminar y que contiene sus mejores octavas, y se verá hasta qué punto había llegado á asimilarse la tradición italiana y española de los mejores tiempos, con un artificio sabio é industrioso algo parecido al de Monti.

Lo más original, lo más mexicano, y á la vez lo más perfecto de Pesado, son sus sonetos y romances descriptivos, en que con fácil y risueño pincel traslada paisajes de Orizaba y Córdoba ó escenas del campo y de la aldea; procesiones, lidias de toros, riñas de gallos, carreras de caballos, volatines y fuegos. Al lado de esta colección bien puede ponerse otra titulada *Las Aztecas*, en que su autor intentó la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (al decir suyo) cantares de más ó menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcoyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe estimarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía las lenguas indígenas, y que se valió únicamente de algunos fragmentos traducidos en prosa en las antiguas crónicas, y de otros que le interpretó un indio, amigo suyo, llamado D. Faustino Chimalpopoca y Galicia, el cual solía decir después que los versos de Pesado nada tenían que ver con el texto que él le había dado literalmente traducido (1). Trátase, pues,

(1) Á Pesado se le considera generalmente como introductor del género indígena en la poesía mexicana. Lo singular es que uno de los primeros que siguieron esta dirección fuese un español, D. Emilio Rey, que en 1868 publicó un tomo de poesías medianas y ya olvidadas, pero en el que lo más digno de aprecio es la sección titulada *Cantos históricos mexicanos*.